

alguno en extremo poder ser portador de alguna  
buena noticia acerca de la suerte del padre de su  
amada. En el momento en que se iba a ir a  
Francisco Guzman con el adelantado y se alegró  
extremadamente al abandonar la colonia.  
La fortuna de este su enemigo contra el que había  
hecho mucho mal.

### Capítulo LVI.

Este enemigo era Francisco de Roldán.  
Antes de proseguir como este hombre de bien  
había padecido a los diáconos que estaba  
con en la cárcel y en los calabozos a dar a  
algunos de los que se habían escapado.

#### Historia de un hombre malo.

Francisco Roldán había acompañado a Colón en su primer viaje.

Algunos días antes de partir del convento de la Rábida para dirigirse al puerto de Palos, anunció uno de los frailes del monasterio al prior que había encontrado en medio del camino a un joven completamente desfallecido por el cansancio y por el hambre, y le pidió permiso para salir con otros cuantos hermanos en su busca y conducirlo al convento.

Parecía un cadáver.

Su pulso apenas latía.

Todo indicaba en él que la inanición había empezado a producir los mayores estragos en su existencia.

Acostáronle en un cómodo lecho, prodigáronle los



CRISTÓBAL COLÓN - Francisco de Roldán, que es el que le trae a la Rábida.  
Este muchacho había conocido a los padres.



CRISTÓBAL COLON.—Francisco, que así dijo llamarse, refirió que nunca había conocido á sus padres.

mayores auxilios, y poco á poco fueron reanimándose sus fuerzas.

El prior le habló, y deseando ampararle le preguntó la causa de su lastimoso estado.

Francisco, que así dijo llamarse, refirió que nunca había conocido á sus padres, que desde niño había estado en poder de unos gitanos, los cuales, en la creencia de que podrian sacar algun dinero devolviéndole á su familia, le habían educado y mantenido.

Pero habiendo llegado á convencerse de que su familia le rechazaba, á los nueve años le dijeron:

—Tú te llamas Francisco Roldan; pero tus padres te han abandonado, y nosotros no podemos mantenerte; anda por el mundo á buscarte el sustento.

Le dejaron solo, y logró que un vecino del pueblo en donde se había criado con los gitanos le nombrase pastor de ovejas.

Una noche había entrado un lobo en el redil, y había devorado unas cuantas reses.

Al día siguiente, despues de haberle dado una paliza, le despidieron.

Un posadero le admitió de criado, y en su compañía, siendo más un esclavo que otra cosa, pasó seis ó siete años.

Una noche llegó un caminante á la posada.

Al parecer llevaba bastante dinero, y el posadero, aprovechando la circunstancia de no haber más huéspedes que él en el meson, resolvió matarle y robarle.

La primera providencia que tomó fué la de encer-

rar en el pajar al chico para que no pudiese delatarle nunca.

—Despues,—añadió Francisco, refiriendo su historia,—oí muchos gritos, á lo que siguió un silencio sepulcral.

No sé por qué, adiviné lo que habia pasado.

Temeroso de que la justicia me prendiera, con una cuerda me bajé al patio, escalé una tapia, y una vez libre, comencé á correr.

Me parecia que iban á sorprender en mi rostro el crimen que habia cometido mi amo, y durante el dia me escondia en las cuevas, en los bosques, para caminar por la noche, y sin alimentarme más que con los frutos que podia recoger en el camino...

Estenuado por esta vida, cayó enfermo, y entonces fué cuando los religiosos del convento de la Rabida le hallaron y le condujeron al monasterio.

Contó el prior la historia de aquel infeliz á Colon, y éste fué á verle hasta el lecho.

—Voy á emprender un largo viaje,—le dijo;—¿quereis acompañarme?

La respuesta fué afirmativa.

Colon le hizo dispensero de su buque, y al volver de la Española, como mostraba el jóven mucha inteligencia, mucho agradecimiento y una gran lealtad, al mismo tiempo que una vehemente afición á la náutica, hizo que uno de los pilotos le enseñase por el camino las maniobras de la marinería.

En el segundo viaje manifestó á su protector que

queria ser soldado, y Colon le vistió la armadura y puso en su mano el arcabuz.

Con refinada hipocresía satisfacía todas sus pasiones, que oprimidas mucho tiempo, se desbordaron cuando tuvo alguna libertad; pero siempre encontraba su claro ingenio modo de atribuir á otro sus culpas, ó de presentarlas como exceso de celo cuando se descubrian y no podia achacarlas á nadie.

El gran afecto que simulaba á Colon fué causa de que los enemigos del almirante no contasen con él para ninguna de sus conspiraciones.

Irritado al ver este desaire, los persiguió, dando á entender que era gratitud y lealtad lo que sólo suponía en él vanidad y despecho.

Francisco Roldan fué el soldado que al acompañar á Anacaona intentó seducirla.

Ya sabemos que al presentarse á Colon acusó á Guevara del pecado que él habia cometido.

Tantas muestras de consideracion inclinaron al almirante á protegerle, y le nombró alcalde ordinario de la ciudad.

Desempeñó con bastante acierto este cargo, y fueron tan lisonjeras las esperanzas que acerca de su conducta y de su capacidad inspiró al almirante, que al regresar á España le confirió el elevado cargo de alcalde mayor de la isla.

Como las leyes que regian en la colonia no eran nada complicadas, más que conocimientos legislativos, necesitaba el que desempeñase aquel puesto tacto para resolver las complicaciones que pudieran surgir.

Tacto mostró, en efecto, los pocos días que ejerció su cargo á vista de Colón.

Pero no había echado en saco roto el objeto de la misión que había llevado á la colonia al investigador Juan de Aguado; tenía conocimiento de su información contraria al almirante, que había presenciado lo, y no dudó de que caería en desgracia.

Al verle partir, creyéndole destituido de todo favor, sólo pensó en sostenerse en el puesto que desempeñaba, captándose el aprecio del que pudiera sucederle, haciendo alarde de gran enemistad hacia el almirante y sus hermanos; y no sólo esta idea le impulsó á cambiar por completo de actitud, sino la creencia de medrar que su imaginación le presentaba, halagándole hasta el punto de ofrecerle el primer puesto de la colonia.

Por su empleo podía considerarse como el segundo jefe de la isla.

Bartolomé no gozaba entre los colonos de gran popularidad.

Roldán procuró indisponerle más y más con ellos, á fin de apoderarse del mando y después contribuir á una sublevación contra el adelantado.

La energía de Bartolomé le contuvo en varias ocasiones.

No era el adelantado hombre capaz de permitir que invadiera sus derechos, y habló á Roldán con tanta severidad y le manifestó de tal manera lo resuelto que estaba á destituirle si no obedecía sus órdenes, que no tuvo más remedio que ceder, prome-

tiéndose obtener por la astucia lo que por la fuerza no pudo conseguir.

La marcha de Bartolomé á las minas de Hayna, para establecer la fortaleza en San Cristóbal, ofreció ancho campo á sus deseos.

Al partir Bartolomé dejó á su hermano Diego el mando de la isla.

Pero Diego era en extremo débil.

Sus hábitos pacíficos, su gran vocación para la carrera eclesiástica, sus tendencias á la conciliación, hacían imposible su mando en medio de aquella gente, que sufría mucho, que necesitaba desahogar su mal humor, y que sólo ante el rigor doblegaba la frente.

Roldán se irritó en extremo al verse postergado á un hombre á quien se creía superior por su energía y su claro talento.

Por medio de concesiones que relajaban el orden de la colonia se hizo partido, formando al mando de los descontentos, y con no pocos de los que se aburrían, una falange, sobre la que pensaba apoyarse para ejercer la influencia á que aspiraba.

Antes de que Colón le confiriera el cargo de alcalde ordinario, por ser un hombre de toda su confianza, le había puesto al frente de muchas de las construcciones que se habían hecho en la colonia, y por esto y por haber sido soldado, tenía relaciones íntimas con muchos militares y operarios de los que entonces estaban á sus órdenes.

Unos y otros le envidiaban.

—¡Vaya una fortuna que has hecho!—le decían.

—Como has tenido el padre alcalde...

—Si sigues á ese paso, pronto te calzarás con el gobierno de la isla.

—Lo mismo que yo he conseguido podeis obtener vosotros,—les contestaba.

—¿De qué manera?

—Siendo amigos míos, obediéndome en todo y por todo. De esta manera yo podré sostenerme, medrar, y claro es que he de preferir á los que son de mi misma condicion para los empleos y cargos de provecho y lucimiento, á los que por ser nobles ó haber venido con alta graduacion á la isla, no me miran sino con desprecio, porque no pueden verme, pero motejan mi crecimiento y murmuran cuando no estoy delante.

—De buena gana te seguiríamos y te obedeceríamos en todo, si nos sacaras de la triste situacion en que estamos.

—Con efecto, esta vida no puede soportarse mucho tiempo.

—Siempre andamos á la cuarta pregunta.

—Los víveres son malos y escasos.

—¿Sabeis quién tiene la culpa de todo?

—Nuestra mala estrella.

—Eso por una parte; por otra el almirante y su hermano.

—¿Eso dices de tu protector?

—El cariño no me ciega. Yo por mí seria un ingrato si me quejase; pero se trata de vosotros, de

vuestra salud, de vuestra vida, y la salud y la vida de muchos hombres, por oscuros y menguados que sean, vale siempre más que la de uno, por grande que sea.

—Tienes razon.

—Vaya si la tengo: si el almirante hubiera pensado en nosotros más que en él, en vez detenernos en esta tierra, donde tanto sufrimos, nos habria llevado á otra parte.

—O cuando ménos procuraria emplear su influencia con los reyes para que nos enviasen víveres más á menudo.

—Ya habeis visto que no goza del favor que en otro tiempo. El investigador que vino hace poco lleva los peores informes acerca de su conducta; se enterarán los reyes de lo que pasa, y le destituirán.

—Me alegraria, porque nos ha tratado muy mal.

—Al fin y al cabo es un extranjero.

—Pues si le destituyen, para ponernos bien con el que venga es necesario que os mostréis desde luego hostiles á los dos hermanos de Colon que han quedado por acá.

—El uno es un déspota.

—Y el otro una mosquita muerta.

—Pero los dos hacen su negocio.

—Lo que á mí me extraña es que aún no nos hayan mandado azotar. ¿Cómo quereis que unos extranjeros consideren hermanos á los españoles?

— Si continuasen mandándonos seríamos tan esclavos como los indios.

— Ya lo somos. Pues qué, ¿no nos hacen trabajar como perros?

— Y luego no nos permiten guardar oro.

— Es claro; ellos lo acaparan todo.

— Y se quedan con las alhajas de los caciques.

— Si yo fuera vuestro jefe, — añadió Roldán, — no tendríais que hablar de ese modo.

Estas conversaciones se repetían, y Roldán, granjeándose el aprecio de los descontentos, llegó á creer que con ellos podría realizar todas sus aspiraciones.

Dado el primer paso por la pendiente del crimen, es muy difícil detenerse.

Las conversaciones tomaron cuerpo.

Roldán buscó entre todos los que conversaban con él á los más inteligentes y arrojados, y después de contar con su adhesión, no hablaron en la plaza pública en donde pudieran ser oídos.

Buscaron la soledad y el misterio para tramar una conspiración.

El plan del infame protegido del almirante fué asesinar á Bartolomé y á su hermano para atribuir aquella fechoría á los indios, apoderarse del mando y protestar ante los reyes que en su calidad de alcalde mayor ó segundo jefe de la isla, había tomado las riendas del gobierno de las moribundas manos de los que las tenían.

Castigando á unos cuantos indios como autores de aquellos horribles asesinatos, y colmando de favores

á los que le ayudasen para comprar su silencio, el éxito era seguro.

Las circunstancias parecían propicias á este infame proyecto.

Vamos á conocerlas.